

Parchemin

Exito discutido, pero sólido, de LA CANCIÓN DEL
NÁUFRAGO en el Teatro Circo de Parish de Madrid.



Calidad Extra

17 de febrero de 1903

Diario Universal
**LA CANCIÓN
DEL NÁUFRAGO**



SR. FERNÁNDEZ SHAW, AUTOR DEL LIBRO



MAESTRO MORERA, AUTOR DE LA MÚSICA



SR. ARNICHES, AUTOR DEL LIBRO

Jarapaca Andrés

Moim por ta quea laes bre sta cu tra la
 an - be quea fin la an be pa ta laes ta ha
 lu - ce moim por ta quea las pe tras al mar a
 go te quea fin en ta las no cas el mar se
 com - pa

E. Morera

TEMA DE LA OBRA

El estreno estaba anunciado para esta noche, pero no se verificará hasta mañana, salvo nuevas é inesperadas contingencias. Sea un día, sea otro el estreno de *La canción del naufrago*, constituye un verdadero acontecimiento teatral, más importante y de más transcendencia que si se tratara de una obra de otro género, porque ésta pertenece á la zarzuela grande, que es la más necesitada de éxitos para que la música española vuelva á alcanzar el rango de pasados tiempos.

La canción del naufrago es un melodrama con música. La acción pasa en la costa cantábrica y los personajes son marineros y pescadores. Nuestra información tiene que ser discreta en este punto, y no debemos explicar el argumento privando al público del interés de las sorpresas: á veces el éxito de una obra depende de un detalle inesperado, que sorprende é impresiona á los espectadores.

No creemos que esta obra necesite de tales recursos. A algo más importante se fia el éxito, en el que creen á pies juntillas los que conocen la obra, incluso algunos de nuestros redactores.

¿Gustará al respetable público? Nadie lo puede asegurar *a priori*, ni de ésta ni de ninguna obra; pero alguna garantía de buen resultado deben inspirar autores tan acreditados como D. Carlos Arniches y D. Carlos Fernández Shaw y músico de tan sólida reputación como el maestro Morera

Para este insigne maestro será el de mañana un día decisivo, no porque necesite de nuevas pruebas con que acreditar su buena fama, sino porque es la primera vez que somete al juicio del público madrileño una obra importante.

Los músicos le conocen y le admiran; pero el público no sabe de él sino lo que le cuentan los biógrafos. Estuvo ocho años en Bruselas y ha vivido después en Cataluña, de donde vino á Madrid para estrenar en el Lírico una ópera

cuyo libro escribió Marquina. Las referencias de esta obra eran muy favorables; pero fracasado el generoso y patriótico empeño que guiaba á los fundadores del Lírico, se quedó sin estrenar, y nuestro público no ha oído en el teatro más música de Morera que la que, en unión de Chapí, escribió para *El Tío Juan*, y la que compuso para *Las caramellas*, obra poco afortunada que se estrenó en Apolo.

La partitura de *La canción del naufrago* es muy inspirada y corresponde á la fama del autor. Los técnicos la juzgarán técnicamente; al público le bastará que sea bonita, que no sea enrevesada, incomprensible. Dicen que tiene de todo, y que todo es bueno; música grande y música chica, y que sirviendo é identificándose con el libro, cual corresponde á todo maestro, hay grandiosas expresiones dramáticas y notas cómicas de alegre regocijo.

De los autores del libro se podría escribir mucho y se llenaría mucho espacio con sólo enumerar sus obras. Los dos son de los que más han producido en estos últimos años y de los que más éxitos grandes han obtenido. De ahí que inspire tanta confianza su nueva obra, que es la primera en tres actos que hacen juntos Fernández Shaw y Arniches.

Fernández Shaw, poeta, literato y pe

riodis
ta en otros tiempos y dedicado ahora por entero al teatro, es el autor de *Las bravías*, *La Revoltosa* y *La Chavala*, en colaboración con López Silva; de *La buenaventura*, con López Ballesteros; de *Los timplaos*, con Blasco; de *Las grandes cortesanas* y *El tirador de palomas*, con Asensio; de *El tío Juan*, *Los buenos mozos*, *Las castañeras picadas*, *Don Lucas del Gigaral*, *Los hijos del batallón* y muchas más obras de distinto género, que obtuvieron gran éxito y otras que no lo alcanzaron tan grande, pero aplaudidas todas.

Carlos Arniches ha llegado á ser el autor más popular y el que más derechos cobra. Sus éxitos han sido brillantísimos, y basta citar algunas de sus innumerables obras para

comprobarlo: *El Santo de la Isidra, La Carra de Dios, La fiesta de San Antón, Las campanadas, Los aparecidos, El puñao de rosas, La Doloretas, Los niños llorones.*

Desde aquel éxito ruidoso que tuvo en Apolo con *La leyenda del monje*, obra que hizo en colaboración con el notable poeta Gonzalo Cantó, no ha dejado ningún año de saborear el triunfo. Su constancia, su amor y su entusiasmo por el trabajo son tan grandes, que

ningún año deja de escribir seis ú ocho obras, y como ya ha logrado una reputación tan sólida, basta que se anuncie un estreno de Arniches para que de provincias y de América pidan autorización para estrenar al mismo tiempo.

Sería curioso saber en cuántos teatros se representan á la vez obras de Arniches; muchas noches el cartel completo de varios teatros está formado por obras del fecundo y popularísimo autor.

Así se explica que Arniches haya cobrado en el trimestre de Enero más derechos que ningún otro autor.

Tiene sobre sus méritos de autor, que es lo que principalmente interesa al público, muy buenas cualidades, y entre ellas las de no mostrar preferencias ni por teatros ni por cómicos para la interpretación de lo que escribe. Así lo prueba el haber estrenado en Romea, el teatro más modesto de Madrid, una obrita tan popular como *El tío de Alcalá*.

Como detalle curioso de la biografía de Arniches y que demuestra la rareza del teatro, debe citarse lo ocurrido con *El santo de la Isidra*. La noche del estreno fué silbada esa obra, que después se ha hecho popularísima, hasta el punto de que aún vive en los carteles y lleva mucho público siempre que se representa.

Los intérpretes de la obra son artistas bien conocidos y apreciados de nuestro público. Pocos cantantes han adquirido más popularidad en Madrid que el notable bajo Valentín González, afortunado intérprete de la zarzuela española, lo mismo en el género grande que en el chico; es un gran cantante y á la vez un gran actor cómico.

Gamero es otro antiguo conocido de los madrileños: de la buena escuela de los tenores cómicos que brillaron cuando la zarzuela grande estaba en todo su esplendor, lleva algunos años ocupando el primer puesto, mereciendo, lo mismo en el repertorio antiguo que en las obras últimamente estrenadas, los aplausos del público y de la crítica.

Dos figuras de gran relieve en la compañía de Price nos ofreció este año la Empresa. La tiple señorita Chaffer y el tenor Ricardo Pastor.

La señorita Chaffer es una valenciana muy linda y tiene una voz agradable y bien timbrada.

Se dió á conocer en Madrid en la actual temporada, y en cuantas obras ha cantado obtuvo buena acogida.



SEÑORITA CHAFFER



SEÑOR PASTOR



SEÑORITA SILVESTRE



SR. GAMERO



SR. GONZÁLEZ



SR. HERVÁS

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

El Sr. Pastor es uno de nuestros artistas más distinguidos: buena figura, buena voz y notable actor. Ya se le conocía en Madrid; pero estaba algo olvidado por una larga ausencia pasada en América, en cuyos teatros ha tenido éxitos extraordinarios, ganando á la vez la estimación de todos los públicos por sus cualidades personales y el aprecio de los compatriotas, por lo mucho que ha contribuido á popularizar y á dignificar nuestro arte.

El Sr. Pastor ha estrenado en Méjico y en Cuba todas las zarzuelas estrenadas aquí durante los últimos ocho años, y entre otros éxitos cuenta el de *Curro Vargas*, de cuya obra ha sido el mejor intérprete.

La señorita Galán y el Sr. Hervás son igualmente dos artistas que

completan el magnífico cuadro de compañía que actúa este año en Price.

Con tan buenos elementos es de esperar que todo resulte bien y que el éxito de *La canción del naufrago* corresponda á las fundadas esperanzas de los autores y de la Empresa.

Excusado es decir que obra de tanto empeño será puesta en escena con todo esmero. La Empresa no ha omitido gastos, y el reputado Muriel ha pintado preciosas decoraciones.

El ilustre pintor Martínez Abades, cuya especialidad en asuntos de mar es tan notoria, ha hecho los bocetos de decoraciones y de trajes.

¿Gustará al respetable senado? Nosotros nos alegraríamos de que gustara mucho.

A todos los autores deseamos éxito en sus nobles afanes; doblemente á los de este género, verdaderamente nacional.

La zarzuela grande fué siempre la mejor manifestación de la música española.

Un sentimiento de amor patrio despierta nuestras más vehementes simpatías por todos los que trabajan en la regeneración de escarte.

Y sea el que quiera el resultado del estrene de mañana, no nos arrepentiremos de haber tributado anticipadamente un modesto homenaje á los autores y á los intérpretes de la obra.

18 de febrero de 1903

La Epoca

POR LOS ESCENARIOS

“LA CANCION DEL NAUFRAGO,”

El decorador: el mar en escena.—Ingeniería teatral.—Salidas y puestas de sol.—Decoraciones que son cuadros.—El astillero de Price.

Las cuatro decoraciones que se exhibirán en el drama lírico *La canción del naufrago*, original de Arniches y Fernández Shaw, música de Morera, y que esta noche se estrenará en el Circo de Price, han sido pintadas por Muriel en un mes escaso, y no se tome esta noticia á petición de indulgencia por la rapidez de la labor. Sobre que eso no le importa al público, las cuatro decoraciones de que se habla han de parecer muy bien á los espectadores. Y si no, al tiempo.

Representa la primera la playa, erizada de rocas, en un pueblecillo del Cantábrico. A derecha é izquierda véanse casas y chozas marineras. Redes puestas á secar, remos y demás menesteres de la pesca, completan la impresión. En una portalada, y á la izquierda de ella, un farolillo alumbrá una imagen tallada en las piedras del portal, frente á las olas.

La incierta claridad de ese farolillo es la única que se advierte en escena, al levantarse el telón. Estamos en las últimas horas de una noche. A lo lejos el mar, tranquilo y casi inmóvil, se junta al cielo, sin nubes, que empieza á teñirse de grana.

Poco á poco amanece, y tras las rocas del primer término, á cuyo pie llega el mar, se ven triangulares velas de las barcas pescadoras, en vaivén incesante, que luego, tripuladas por sus patronos, se alejan y desaparecen á la vista del espectador. La ilusión es completa.

Por un ingenioso *truc* el cielo purísimo se cubre paulatinamente de nubarrones negros; la luz mengua; relámpagos y truenos se suceden sin interrupción. Asistimos á una borrasca espantosa, en la que las descargas eléctricas del *reostato* hacen el gasto.

Durante esta tempestad, y á la vista del público, se verifica la mutación para el cuadro segundo.

Las casas desaparecen, plegándose en abanico los bastidores respectivos y siendo substituidas por un marco de rocas escarpadas.

El mar avanza hasta cerca del proscenio. Un mar irritado, de olas enormes, cuyas crestas blancas lucen al cárdeno resplandor de los relámpagos que, allá en el fondo, saltan de nube á nube. Un juego de gasas vela el cuadro.

Sobre las olas se ve avanzar, combatida por el mar y el viento, desgarrada la vela, una lancha, á cuyo borde riñen dos hombres, á quienes las bordadas y cabeceos horribles de la nave parecen empujar uno contra otro.

Seguramente este cuadro ha de impresionar de un modo profundo.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Trátase de una lancha corpórea, de cinco metros, cuyos palos, cordaje y velamen la harán parecer recién llegada de un puerto, y está construida en el astillero de P. . .

Para su manejo y movimientos ha habido que construir una verdadera vía férrea de cerca de veinte metros, dividida en tramos, como si se tratara de una línea Decauville, sobre la cual avanza un carro que soporta el artificio merced al cual la barca tiene todos los movimientos posibles en una navicilla abandonada á su suerte en medio del mar. Todos los movimientos, incluso el definitivo de hundirse en el mar—digamos foso—, con grave peligro de la integridad física de Pastor y Hervás, que son

los actores encargados de luchar á bordo. Unos cordones de gomas han puesto fin á la posibilidad de naufragio.

El tercer cuadro se desarrolla con la misma decoración del primero.

En el cuadro segundo la escena simula el límite de un espeso castañar, cuyos árboles quedan á la izquierda. Entre ellos y una taberna ó tasca marinera que hay á la derecha, queda una plazoleta natural, á través de la cual, y á lo lejos, se ve el pueblo, recostado en la falda del monte, cuya base se hunde en el mar.

En el lugar descrito se celebra una romería. A los romeros les sorprende la noche bajo los castaños, por entre cuyas hojas anchas se filtra la luz de la luna. Es decoración de efecto grandioso.

La decoración final es la plaza del pueblo.

Izquierda y fondo, una iglesia románica, de muchísimo carácter, que recuerda todas las de la pintoresca Montaña, con su tejadillo de pizarras sobre el portalón, en cuyas gradas duermen su vino, ó rumian su hambre, viejos y mendigos, á la sombra del secular castaño de la plaza.

Un rompimiento á la derecha simula una calle, bañada por un sol violento, que recorta aleros y balaustradas, y esfuma la imagen del monte lejano, entre cuya vegetación frondosa aparecen aquí y allá casucas y torrecillas. Arriba, un cielo espléndido.

En tales marcos ha de desenvolverse el drama sombrío que se titula *La canción del naufrago*, á cuyos autores deseamos la mayor fortuna.

Correspondencia de España

LOS ESTRENOS
LA CANCIÓN DEL NAUFRAGO

A presenciar obra tan llevada y traída en anuncios y prórrogas de su estreno, acudió anoche á Price un público tal, que la inmensa sala estuvo llena completamente.

Comenzó la función á las nueve y media y terminó después de la una. Los espectadores entraron con ganas de aplaudir; salieron habiendo aplaudido mucho y deplorando no haber podido aplaudir más; pero al salir el cansancio estaba marcado en los semblantes. Son muchas horas las cuatro que requirieron las desdichas del naufrago de la canción.

El libro:

De Arniches y Fernandez Shaw, ó viceversa, que el orden de autores no mejora el fruto de su ingenio. Ingenio tan gastado en las aplaudidas obras que han popularizado á Shaw y Arniches, que anoche, únicamente aparació á ráfagas, de tarde en tarde. El argumento, melodramático, una extensión de *El puñao de rosas*, un puñao de escenas hilvanadas y empalmadas para que dure tres actos un asunto tratable en el acto y tres cuadros de reglamento.

Esteban, novio de Rosa, la encuentra casada con Andrés, cuando al pueblo vuelve. Rosa y Esteban *se entienden*. Andrés lo descubre (por el sistema de *Tarugo*, que es el mejor, escuchando á los pérfidos) y plagiando á *Turiddeé* y *Alfio*, al mar se van Andrés y Esteban, solos en una barca, en plena tempestad, á disputarse la posesión de Rosa. El duelo de esta *Cavalleria* flotante, playera, termina volviendo solo Esteban, que andando los actos, en el tercero se casa por fin con la supuesta viuda de Andrés; viuda temerosa de la resurrección del difunto, cuya voz ha oído cantando la canción que antaño la recreara

en sus horas de amor y de ventura.

Hácese la boda, y al salir de la iglesia los novios, aparece Andrés con Pedro, un viejo pescador, primo hermano de aquel ermitaño de *El anillo de Hierro*, personaje indispensable como agente de la Providencia y recitador de versos rotundos, dedicados expresamente á la galería. Pues aparecen á la puerta del templo Andrés y Pedro y aquél increpa á los infames y éste ocasiona la muerte de Esteban, gracias á un cuchillo ya destinado á este fin desde el segundo acto.

Amenizan el libro tipos como la *Loba*, una *bravía* de la costa que así sopapea hombres como los deja en calzoncillos; una hija de la susodicha *Loba*, buena moza ella, pero de papelito simple; dos aspirantes á la mano y

al amor, respectivamente, de la simple pescadora, y algunas otras individualidades secundarias y precisas para escenas de relleno.

Y entre estas escenas llama la atención la de los cazadores de *El puñao*, es decir, una muy semejante, porque sirve para lo mismo, para alargar; terceto de novia y pretendientes, de sabor cómico apenas indicado.

Y con unos coros de pescadoras, pescadores, pobres de pedir y chicos correntones, los afortunados autores han sabido añadir una más al catálogo de zarzuelas grandes irresistibles é inolvidables.

La nota dramática es superior á la festiva. En clase de chistes los hay... muy propios de la calle de la Cruz, no del litoral santanderino. Por ejemplo:

—A mí, como no sea con goma arábica, no me la pega nadie

Otro:

—Y allí me hallé con tres...

—¿Cómo las hijas de Elena?—interrumpe un pescador amigo de Menelao.

Y otro, no chiste, pensamiento:

—Dos que se quieren, son como las sardinas, que cuanto más caliente está el aceite, antes se frien.

Por lo demás, la señorita Chaffer, muy bien; pero muy bien la señora Alonso; y como nadie, Valentín González, á quien suponemos afónico en fuerza de declamar y reír como el papel pedía, oyendo justos aplausos y siendo llamado á escena.

La escena.

Empresa que presenta las obras como anoche fué presentada *La canción del naufrago*, merece toda suerte de plácemes y de elogios. La de Price puede ufanarse de lo que hizo anoche. Fué un ala de de riqueza y buen gusto. No de riqueza en indumentaria, pues ésta se distinguió por su autenticidad, más que por su valor; de riqueza y buen gusto en ofrecer cuadros artísticos en la escena. Si no es Martínez Abades el autor de la hermosa marina (cuadro segundo) titulable *Desafío y tempestad*, merecía serlo. Pero sí, aquel primor escenográfico suyo es. El público le tributó una ovación entusiasta, prolongada hasta después de la mutación. El oleaje hirviente, la barca avanzando, levantando espuma, el fragor de los truenos y la luz de rayos y centellas, resultaron de tanto efecto, que por ver este cuadro y oír á Morera habrá cola muchas noches en la plaza del Rey.

Las demás decoraciones, excelentes. La última, atrio y fachada de viejo templo románico, merece los honores de la fotografía y de las postales. El escenógrafo esta de enhorabuena.—L.

La música.

Quando una acción dramática languidece y empieza á pesar el libro, es inútil la labor del músico, que cuanto mejor y más á conciencia sirva al libro, más se hunde con él. Si á esto se agrega que en *La canción del naufrago* están las situaciones musicales tan mal escogidas que de doce ó trece números que tiene la partitura, ocho son coros, se comprenderá la peligrosa situación del compositor.

El maestro Morera ha triunfado, no obstante, gracias á su talento indiscutible, revelándose en esta su primera producción *grande* para el público de Madrid, como un profundo y hábil conocedor del teatro y como un compositor de altos vuelos.

En *La canción del naufrago* hay muchas bellezas, que se han malogrado en gran parte por las circunstancias á que nos hemos referido; pero que es fuerza reconocerlas, en justicia estricta. El preludeo es una exposición de los dos motivos fundamentales de la obra, vigorosamente presentados por la orquesta; en este número se ve ya la mano de un instrumentista que sabe bien su oficio. La escena que le sigue es una descripción de un amanecer brumoso y melancólico, en la costa, muy felizmente desarrollada con un coro interno. El perezoso canto de los pescadores da tanta vida al cuadro como la

luz que va animando gradualmente la escena.

El dúo de Andrés y Rosa, melódico y tierno, consta de varios temas, el más interesante de los cuales es la canción del naufrago, alrededor de la que ha de girar la acción musical, en adelante.

Esta canción, un tanto vulgar, pero romántica y muy en carácter, se repite con fortuna en diversos pasajes de la zarzuela. *La tempestad* es otro número rico en efectos orquestales, y el corito religioso con que termina el acto es solemne y sencillo.

Abre el segundo acto un coro que, á nuestro juicio, es lo mejor de la partitura: fresco, alegre, popular, y de una inspiración sorprendente. Le da un carácter muy original el ritmo, que consiste en una acertadísima combinación de los compases *tres por cuatro* y *dos por cuatro*.

Un número, en suma, que no desdeñaría firmarlo Grieg.

La *romanza* con coro, es de difícil composición y hay en ella mucha fantasía, así como en el *terceto cómico* que le sigue, lleno de gracia ingeniosa y fina. Acaba el acto con un *dúo* poético, con pasión é ideas dramáticas hábilmente desarrolladas.

El coro con que empieza el último acto es el que ofrecía, quizás, más dificultades, por la agrupación de niños, ancianos, mujeres y hombres de todas edades, que dialogan ya separados, ya unidos. Las frases que se cruzan entre los chicos y los viejos tienen un humorismo delicioso, y el conjunto está admirablemente tratado.

El público aplaudió mucho á Morera, pero no todo lo que le hubiera aplaudido en diferentes condiciones.

Lo importante, sin embargo, era *romper el fuego*, y ya está roto brillantemente. Morera tiene asegurado un puesto principalísimo en el arte lírico español, dado su talento y su perseverancia.

Anoche ignoraba el músico de *La canción del naufrago* que su ópera *La Fada* se estrenará muy en breve en el teatro Flamenco, de Amberes.

El nombre de Morera ha pasado las fronteras antes de que fuera conocido de nosotros, como ocurre siempre.

Mordente.

TEATRO DE PRICE

«La canción del naufrago»

Lo que más perjudica al éxito de una obra teatral, es lo que pudiéramos llamar el *ante-bombo*.

Con muy buena fe, quién lo duda, amigos de la empresa y amigos de los autores se dedican quince días antes de un estreno á poner en los cuernos de la luna la zarzuela, el drama ó el juguete que se está ensayando en tal ó cual teatro.

—¡Eso es un monumento!—gritan unos en el café.

—Verá usted canela fina. Lo que hace muchos años no se ha visto en España—añaden otros.

—Yo creo que aquel segundo acto va á ser una revolución, sin barricadas ni fusiles de chispa.

—Para chispa lo que dice el gracioso en la escena de la conspiración. Aquello es Quevedo puro.

Y así sucesivamente.

La noticia del gran acontecimiento que se avecina corre como reguero de pólvora de calle en calle, de círculo en círculo, de café en café, de casa en casa. Todo el mundo está prevenido para la ya cercana hecatombe artística, y aquí de lo que dice Echegaray en uno de sus dramas: que los abismos son mentañas al revés.

Llega la noche del estreno. El teatro se pone á reventar de gente. En butacas y palcos alterna el mundo intelectual y el mundo de la belleza; y en las alturas la masa honrada, la que decide de los éxitos con sus espontáneos aplausos ó sus ingénnas interrupciones, se apretuja furiosamente, aguardando el momento supremo.

Empieza la obra. Al principio no interesa. Se comprende. Hay que entrar en situación. Después de algunas escenas, que parecen pesadas, quizás porque el público espera con vivísima ansiedad á que broten las inenarrables bellezas de que tanto han hablado, se inicia la acción, pero débilmente, sin lograr que eche raíces en el ánimo suspenso del auditorio.

El crítico Zutano cree que aquel pequeño drama, tal y como se presenta á los ojos del público, tiene parecido exacto con el episodio más interesante de novela famosa de autor ilustre. ¡Picara crítica!

Ha concluido el primer acto.

Aquellos fenómenos de belleza no han aparecido ni en el libro ni en la música. Sin embargo, aunque el acto es un poco largo, acusa la mano experta de autores consagrados ya por la opinión. La música revela un maestro de vigorosa inspiración y con carácter propio; pero inexporto en lances teatrales. Con menos ciencia y más picardía se ha triunfado muchas veces ruidosamente.

Los comentarios en el primer intermedio no son desfavorables para la obra; pero como se había dicho «aquello del monumento», pues...

El segundo acto produce menos entusiasmo. El asunto, el argumento, lo que ustedes quieran llamarlo, es tan pequeño, que en un granito de acónito se agitaría holgadamente.

Las situaciones episódicas, las de relleno, el vaso de agua donde el acónito ha de disolverse, son largas, incoloras, grande, un estanque casi. El interés decae.

La escena final es emocionante, pero se llega á ella con el espíritu fatigado. Es imposible ya que Lázaro ande, aunque la voz divina se lo ordene. Se levanta no sin esfuerzo, pero no puede dar un paso. Allí se queda.

El tercer acto continúa Lázaro sin andar. Al fin se cae para siempre.

Sin el estrepitoso antebombo, la obra hubiera obtenido un buen éxito.

Aquello de que los ejércitos de Xerxes obscurecían el sol con el polvo que levantaban los caballos, pura fantasía. A la postre, cuatro soldados y un cabo.

Algo parecido á lo que digo en las anteriores líneas, ocurrió anoche en el estreno de *La canción del naufrago*.

Claro que la nueva zarzuela de Arniches y Fernández Shaw tiene cosas dignas de la fama de estos autores, y que la partitura de Morera revele un maestro de vigorosa imaginación; pero se había bombeado tanto libro y música, que al público le supieron á poco las bellezas de uno y otra.

Mucho se podría hablar de *La canción del naufrago*; pero el tiempo no lo permite. Concluyó el estreno á la una y cuarto de la madrugada.

Debemos, sin embargo, tributar un sincero elogio á Valentín González, que estuvo admirable, y á los Sres. Hervás, Pastor, Gamero y Navarro, que cumplieron discretamente su cometido.

También se aplaudió mucho á las señoritas Chaffer y Silvestre, y á la señora Galán. Quien merece aplausos calurosos, y yo no he de regateárselos, es la empresa del teatro de Price.

¡Así se ponen las obras cuando se quiere servir bien al público!

El cuadro plástico del desafío valió una ovación al Sr. Muriel.

Y ya tiene el teatro de Price *Canción* para rato.

Seguro estoy de que los autores aligerarán mucho los actos primeros y harán provechosas reformas en el último.

El público, con bastante claridad les dijo lo que sobra en la obra.

De lo que falta, sólo Dios posee el secreto.

El País

Price

La canción del naufrago, zarzuela en tres actos, original de los Sres. Arniches y Fernández Shaw con música del maestro Morera.

La zarzuela estrenada anoche en el teatro de Price, obtuvo un gran éxito, aunque no tan grande como se esperaba. Aligeradas algunas escenas y suprimidas otras que huelgan por completo, se confirmarán noches sucesivas los vaticinios, y *La canción del naufrago*, será, seguramente, la obra de la temporada en aquel teatro.

El acto primero tiene gran fuerza dramática y fué puesto en escena, como el resto de la obra, con propiedad y lujo extraordinarios.

El público aplaudió con mucho calor todas las situaciones dramáticas de la obra y rió casi todos los chistes: únicamente algunos del último acto no hicieron el efecto que los autores esperaban. El triunfo de los Sres. Arniches y Fernández Shaw fué, no obstante, grande é indiscutible y la obra seguramente dará mucho dinero.

La música del maestro Morera es de la que se ha convedido en llamar música sabia y carece por tanto de la brillantez, que tanto necesitan las obras del género de *La canción del naufrago*.

La interpretación fué excelente por parte de todos, distinguiéndose mucho Valentin González, la Srta. Chaffer y el Sr. Pastor.

P.

El Globo

LOS ESTRENOS

Teatro-Circo de Price.

LA CANCIÓN DEL NAUFRAGO, melodrama en tres actos y cinco cuadros, en prosa y verso, original de D. Carlos Fernández Shaw y D. Carlos Arniches, música del maestro Morera.

En muy pocas palabras cumpliríamos nuestro deber con el público si la consideración á que tienen derecho los autores por méritos antes contraídos, no nos obligara á razonar, siquiera brevemente, nuestro juicio.

El melodrama pareció al público simpático; su desarrollo pareció un tanto inocente.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

El adulterio advertido por el esposo; el reto para un lance en alta mar; el duelo entre los furros de la borrasca; la vuelta de la barca con un solo tripulante; todo esto gustó de un modo extraordinario.

Pero ya el éxito luchaba con dificultades; por ejemplo, la extensión excesiva de los diálogos en que se hace la exposición de la obra. Si no fuera empinarse demasiado, recordaríamos que en un diálogo de Hamlet, la pobre *Ofevia* dice al marcharse el príncipe:—«¡Yal!»—y con esta sola palabra revela su enamoramiento y queda hecha la situación. Ahora bien; Arniches emplea como primer elemento artístico la cantidad, y las historias resultan desmesuradas.

Luego, cuando después de aquellas escenas; llega un número musical, no hay situación musical.

El marido colérico, la esposa inquieta, el rival dando prisa, no son elementos musicales, no hay en la situación, *blandura*, jugosidad bastantes para que el marido se ponga á cantar aquella canción.

En el resto del libro hay algunos efectos que se repiten y otros que se adivinan, y no producen la impresión que fuera de desear.

La parte cómica, que gustaría mucho más sino fuese tan exagerada, está menos fundida con la parte dramática que en otras obras de los mismos autores, y es, además, muy escasa; pero no obstante, el terceto de la lección amorosa tiene mucha gracia y fué justamente celebrado.

Estos son los defectos que advirtió el público y que en obra de grandes dimensiones como la de anoche ocupan escaso lugar y lo dejan sobrado para narraciones poéticas, diálogos cómicos y frases felices, que valieron á los autores llamadas y ovaciones al final de los actos y en el transcurso de ellos. No hemos querido ser de severos; sí de exactos y sinceros, ya que son pecado estas cosas.

Al maestro Morera ni hay que descubrirle, ni menós discutirle.

Al público madrileño le bastó oír una quisi-cosa en un acto para conocer que era un primete del arte; si estrenara cien obras con libros poco afortunados, no por eso le juzgaría mal; esperaríá á que el maestro encontrase su libro;

Anoche fué el primero de los autores que pisó las tablas; y si páginas tan hermosas como el dúo de Esteban y Rosa, y otros números, no fueron tan aplaudidos como debieron serlo, se debe á que en las noches de estreno el músico va envuelto en el éxito del libro.

Tiene este maestro personalidad tan vigorosa, que hasta en los pasajes en que no hay situación musical, sabe hacerse oír y sabe llegar al corazón del público.

En su lira no falta ninguna cuerda; lo mismo conmueve con el drama que con la gracia; sirva de ejemplo el ya citado terceto de la lección de amor, que es una delicia.

La interpretación, para satisfacer al más exigente. Valentín González, la señora Galán, la señorita Chuffer, Gamero, todos merecieron aplausos

Las decoraciones, de Muriel, preciosas.

Aunque para preciosas, las que había en la sala.

¡Rediós!...

F. Serrano de la Pedrosa.

El Imparcial

TEATRO DE PRICE

«La canción del náufrago», melodrama en tres actos, libro de los señores Arniches y Fernández Shaw y música del maestro Morera.

Con muchísimo respeto, pero también con la necesaria y leal franqueza, hay que comenzar esta crónica—rápida por los apuros del tiempo—confesando que «La Canción del náufrago» empezó presagiando un éxito grande y duradero, y terminó con unos cuantos aplausos «de obligación» y otros pocos aplausos de cortesía.

El primer acto gustó mucho, y gustó con razón. El drama era terrible; en mitad del mar, en plena borrasca, sobre las tablas desvencijadas de un barquichuelo de pesca, dos hombres luchaban á puñaladas. El uno era el esposo ultrajado que sorprende su deshonor y quiere vengarlo en la soledad angusta del Cantábrico para que nadie conozca su afrenta; el otro, el amante traidor, el que ha destruido un hogar feliz y honrado, en complicidad con una adúltera antipática é infame. La tempestad desata sus furiosos, el cielo se cubre de nubes lividas que vomitan centellas entre el fragor horroroso de los truenos y como en «Flor de Mayo», la popular novela de Blasco-Ibáñez, los dos rivales cuchillo en mano se estrechan en abrazo mortal y uno cae á los abismos negros, el esposo sin honra, y el otro vuelve á la costa, donde pescadores y pescadoras cantan una plegaria á Cristo Crucificado, ajenos á esa otra tragedia íntima cuyo secreto parecen guardar eternamente las olas.

Pero el tío Pedro, un viejo marinero noble y rudo, conoce el secreto y jura vengarlo y cuando más tarde los adúlteros, tranquilos y gozosos se aprestan á que sus criminales amores sean consagrados en los altares, se alza iracundo y en formidable conjuro llama á Andrés, al marido sin honra y sin vida y le pide á las aguas que se lo devuelvan amenazador como el castigo... ¡Oh prodigio! Del mar vienen los ecos de «La Canción del náufrago» entonada por Andrés. El la había cantado á su esposa en los alegres días de sus amores; él la cantó momentos antes de sorprender el abrazo de los adúlteros que le hirió en el alma; él la cantaba desde las olas silenciosas y solemnes en su rítmico movimiento de los días de calma, ahora que el crimen iba á ser santifica-

do en el templo... Todos enmudecen de espanto; los culpables sienten que sus odiosos ensueños desaparecen y el tío Pedro, símbolo de la expiación y del castigo, huye loco por entre las peñas del acantilado buscando el lugar de donde parte aquella voz amada.

Pasa más tiempo; la boda se celebra entre jolgorio y alegrías populares; las murmuraciones de aldea han cedido; el tío Pedro desapareció la noche en que todos, por delirios de la fantasía ó por efectos de la sidra oyeron la Canción del naufrago y sin duda fué a dar con sus míseros huesos en el fondo de la mar. Solamente la esposa infiel tiembla y se sobrecoge y no olvida aquel acento que suena ya á expiación y á muerte.

Mientras están en el templo, el tío Pedro aparece y refiere á sus convecinos, asustados, que Andrés fué mala y traidoramente herido por el amante de su esposa en la tremenda pelea; que cayó moribundo de la barquichuela y que de entre las olas lo sacaron más rendido por el deshonor que por las cuchilladas, los tripulantes de una goleta que acertó á pasar por el lugar siniestro. Y con efecto, Andrés vuelve momentos mas tarde y allí mismo, en las gradas del templo se renueva la lucha feroz y despiadada, y el marido sin hora venga su ultraje con una puñalada de muerte.

Esta es la fábula; este es el melodrama sombrío y hasta repulsivo, ideado por Arniches y Fernández Shaw y aderezado con incidentes y episodios cómicos que casi siempre, lejos de hacer que el ánimo repose de las situaciones violentas y trágicas á que el asunto da lugar, sirven para distraer la atención, para romper el interés con una brusquedad que daña por lo extemporánea y por lo inoportuna.

En esos episodios, en esos rellenos, en esas escenas en que el chiste se persigue escopeta en mano, y se hace hablar á los pescadores de la costa cantábrica como á los chisperos del novísimo juguete madrileño, mientras otros toscos y sencillos abusan de la metáfora solemne y poética con impropiedad manifiesta, está el grave error del melodrama, si ya no lo fuera haberle convertido en zarzuela.

En el acto tercero algunas escenas impacientaron con justicia. Ya se llegaba á sentir enojo porque la venganza tardaba, nada más que para dar el tiempo acostumbrado á los tres actos de la liturgia zarzuelera... ¡Incomprensible error de dos talentos tan acreditados en la escena española!

*

El maestro catalán Sr. Morera no era desconocido ni entre los que tenemos devoción por el arte divino ni entre el público anónimo que juzga por impresión en una sola noche y por una sola obra. Los que asistimos á los ensayos de su ópera «Emporium», en el Lírico, y los que conocemos sus trabajos artísticos, sus estudios en Bruselas y sus aptitudes notables de compositor de inspiración y de talento, no podíamos sorprendernos de que en la clásica zarzuela nacional brillara con luz viva no como esperanza inmediata, sino como realidad firme y positiva. No triunfó anoche Morera; no podía

ni debía triunfar. Su musa estaba forzada á cantar pasiones bajas y odiosas: el amor de dos adúlteros, la amenaza del castigo y en el fondo los ecos melancólicos y risueños de un pueblo que vive ajeno ó indiferente á la tragedia, y sin embargo el aplauso sonó para él varias veces espontáneo y ruidoso, y casi en los primeros números tuvo que salir á escena á responder al elogio de un público que celebra y estima las bellezas del arte con la sana y espontánea nobleza castellana...

No podía, no, triunfar Morera, ni podía con «La Canción del Náufrago» revelar una personalidad de compositor bien destacada y definida. Hay en la partitura páginas de indudable encanto, perfecciones de procedimiento y de forma, un gusto exquisito, un propósito honrado de huir de toda concesión á la galería, de todo efectismo de mala ley; hay á la vez momentos de gracia fina distinguida, diseños delicadísimos, momentos de pasión dramática, vigor, energía; pero hay también vacilaciones, influencias de otros compositores modernos: Massenet, Bizet... No, no es «La Canción del Náufrago» la consagración definitiva de un músico. Hay que esperar, pero sin incertidumbres ni desmayos. Esperemos.



Apenas resta tiempo material para escribir las frases de elogio que merece la admirable labor de Valentín González, el actor—nótese que no se habla del cantante, y éste es de

los buenos,—que obtuvo anoche mas repetidas ovaciones. También se hicieron acreedores á elogios la señorita Chaffer, la señora Galán y los Sres. Hervas, Gamero, Pastor y algún otro, y muy especialmente la empresa, que ha puesto la obra con un esmero y propiedad en decoraciones y accesorios, que acreditan de nuevo su noble propósito de amparar y sostener la clásica zarzuela.

EDUARDO MUÑOZ.

131

19 de febrero de 1903

Para Cestitica

En Price

La canción del naufrago.—Melodrama en tres actos y cinco cuadros, letra de Arniches y Fernández Shaw, música del maestro Morera.

Con un brillante éxito, que se inició desde las primeras escenas, y continuó hasta terminar la escena final, se estrenó anoche un nuevo melodrama musical, de esos que están llamados á permanecer muchos días en los carteles, y á dar mucho dinero á las Empresas.

El libro está muy bien pensado y su desarrollo resulta lógico y natural, y la tensión dramática que se inicia hacia la mitad del primer acto, sigue en tensión creciente hasta la última escena, en la que tiene un desenlace lógico y natural.

Los autores del libro han tenido el talento de presentar un final del primer acto, que consta de dos cuadros mudos, en los que la tensión dramática llega á su mayor cantidad. El final del segundo deja en suspenso la acción en el momento más interesante.

El tercer acto del drama llega á su período más álgido, y un romance muy bien dicho por Valentín González sostiene el interés. El desenlace, como ya dijimos, es lógico y está muy bien pensado.

La parte musical comienza con una sinfonía de grandísimo efecto, en la que el tema de la obra, después de iniciarse en los violines, pasa á la madera, donde se enlaza con otros motivos de la obra para sacar luego al metal en pequeños diseños, dominados por una instrumentación nutrida y vigorosa.

Notable es la canción del naufrago, que cantó muy bien Pastor, y que forma el principal motivo de la zarzuela.

Otro número notable es el de la tempestad, que comienza en el primer cuadro y llena todo el cuadro segundo y tercero del mismo acto.

El efecto fué tan excelente en el público, que después de la canción hizo salir á escena al maestro Morera, y al final del acto al maestro y á los libretistas.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

En el acto segundo merece nombrarse, por lo bien servida que está la letra, una canción fúnebre muy bien cantada por Valentin González.

A continuación hay un terceto cómico de corte ligero y picaresco que viene á alegrar la situación.

El acto tercero tiene tres coros puestos en situación, terminando con la canción del naufrago, que Andrés vuelve á repetir al presentarse en escena.

El maestro Morera, en general, ha adoptado el procedimiento musical de la nueva escuela italiana que, sin desatender ó poner en segundo término la voz humana, como en la escuela wagneriana, concede á la orquesta su verdadera importancia, haciéndola jugar su verdadero papel.

La tempestad del primer acto está hecha por el padrón de la tempestad del *Otelo*, de Verdi, procedimiento que honra mucho al maestro Morera, porque demuestra que estudia y sigue los modelos de los grandes maestros.

Morera ha confirmado su nombre de buen maestro, demostrándonos su ciencia y su inspiración.

Al ocuparnos de la interpretación debemos ocuparnos en primer lugar del trabajo de Valentin González. Fué el héroe de la noche. La escena de la borrachera en el segundo acto es el trabajo de un artistazo, y su romance, donde cuenta su encuentro con el naufrago, le valió una salva prolongada de aplausos como premio á su trabajo, aplausos al que unimos el nuestro, si bien el más modesto, el más sincero quizás de todos.

La señorita Chaffer tenía que luchar con un grave inconveniente. El papel de Rosa necesitaba una tiple que pudiera cantar una *particella* de importancia, muy *tirada* algunas veces, como en el dúo del segundo acto, y una artista para interpretar la parte dramática del libro.

Pero la señorita Chaffer supo vencer todas las dificultades, y logró hacerse aplaudir y celebrar.

La Silvestri tiene un papel de segunda importancia, que supo realzar, estando muy acertada en toda su parte, especialmente en el terceto cómico.

La Galán, superior; muy bien en su parte de *Loba*, creando un tipo difícil de superar.

Pastor, cantó muy bien su parte, así como actor y como cantante. Dijo muy bien la canción del naufrago y el dúo. Las dos veces que la cantó, una vez en el segundo y otra en el tercero, la canción del naufrago, le valió otras tantas ovaciones.

Hervás, estaba anoche, seguramente, indispuerto, por cuya razón, si bien como actor estuvo á grau altura, como cantante no pudo lucir sus buenas facultades.

Tenemos la seguridad de que en noches sucesivas, repuesto del todo, estará á la misma altura como actor que como cantante.

Gamero, hizo su parte cómica con mucho acierto, con mucha gracia y con mucha satisfacción del público.

Peris, Navarro (padre é hijo) y los demás artistas, cada uno en su papel, contribuyeron al buen éxito de la obra.

Las cinco decoraciones fueron muy aplaudidas.

La obra está puesta con verdadero lujo, y tenemos la seguridad de que todo el público desfilará por Price para ver y aplaudir *La canción del Naufrago*.

Resaltos de Madrid

En Price.—*La canción del naufrago*.

¡*La canción del naufrago!*... Francamente, yo, empresario, nunca hubiera admitido el título de la obra. Verdad es que suelo ser víctima en algunos casos de preocupaciones, y aun supersticiones, que seguramente me habrían aconsejado bautizar la novísima zarzuela con el nombre de *La canción del marino*, de *Andrés*, de *la Lola*, de cualquiera, en fin, menos del naufrago.

Pero eso no es cuenta mía, y vamos al grano.

Del libro no puede decirse que sea una equivocación absoluta ni tampoco un acierto indiscutióle. Es desigual, y si unas veces interesa y conmueve profundamente al público, en otras su acción se desliza con abrumadora languidez.

Entre diálogo campanudo, rural y marítimo se desarrollan escenas de pasión y celos; aparecen caracteres repulsivos, como el de la protagonista; detestables ó insoportables, cual el de *La Loba*; nobles y generosos, como el de *Andrés* y el viejo marino.

A escenas poco afortunadas, con un chaparrón de chistes que hacen brotar lágrimas, preceden otras como la lucha en el mar, el emocionante regreso de los pescadores que se salvaron de las embravecidas olas, la procesión y algunas de vivísimo interés, y que ponen de relieve una vez más, como ráfagas de luz entre tinieblas, el talento y alta inspiración de Shaw y Arniches, dos maestros de bien probado valer.

Admitiendo muchos convencionalismos teatrales, difícilmente se explica que *Andrés*, sediento de venganza, pase semanas enteras jugando al fantasma, sin presentarse á la mujer infiel y al odiado rival.

Tampoco alcanza á la más bondadosa credulidad que el viejo *Pedro* pueda pasar semanas enteras oculto, no sabemos bien si entre las rocas ó debajo del agua.

Lo que sí sabemos es que el mistral no sopla en las costas de Cantabria, y sólo sienten sus efectos los compatriotas de Tartarín y le conocen por tal nombre los habitantes de Provenza.

Del desliz estoy muy inclinado á declarar responsable á Arniches, pues bien puede confundir el golfo de Lyon con el de Gascuña quien cree que las aceitunas en Andalucía se vanean cuando pintan.

En resumen: sobran cuatro ó cinco quisicossillas en el libreto para asegurar la permanencia en el cartel. No resulta el empeño de aligerar alguna escena y suprimir varios chistes, obra y trabajo de romanos, en relación de los beneficios que pueden esperar los autores.

Con la partitura saludamos en España la aparición de un nuevo maestro, de espíritu moderno, gran inspiración y exquisito buen gusto.

También por cuenta de Morera pudiera dirigirse algún reproche á los autores del libro, que en esto sí que han sufrido una deplorable equivocación no preparando situaciones musicales al maestro.

El tenor desaparece en el acto primero, y, descontando el eco de una canción, no vuelve á presentarse hasta el final de la obra.

La *prima donna* casi no entra en la partitura, y cuando entra lo hace con muy limitada intervención.

Morera ha tenido que consagrar su pluma á números de conjunto y orquestales, prescindiendo generalmente de romanzas y arietas, que tanto gusto dan al público de zarzuela.

La actividad del coro es constante y ha servido para que el músico probara su acierto en el manejo de las voces, sus conocimientos contrapuntísticos y la ciencia de instrumentista.

El monólogo del viejo *Pedro*, la escena musical con las pescadoras y el finísimo y gracioso terceto cómico son números verdaderamente admirables.

Bien se aprecia que Morera ha sido artísticamente formado en el estudio de la escuela moderna durante su larga estancia en Bélgica y en el recuerdo de maestros franceses y ale-

manes; Bizet y Haydn hubieran podido poner el visto bueno á varios números de *La canción del naufrago*.

Ignoro si la obra estrenada vivirá al través de los siglos en las campañas zarzueleras; pero siempre podrá recordarse, por haber dado ocasión al público madrileño de conocer en trabajo serio á un músico de primer orden.

Una leve observación; no todo han de ser rosas: ¿quiso Morera devolver á los libretistas la pelota del mistral?... Sospecho que ha colocado con algún exceso en el Norte los aires populares del Nordeste.

No terminaré la tarea dedicada al libro y á la música sin decir que sus autores salieron repetidas veces á escena, llamados por el aplauso del público. Yo también aplaudí, aunque declaro que otra vez bairé palmas con mayor entusiasmo.

Muy bien, Sr. Muriel; eso ya es ponerse en razón y no confiar el éxito del decorado á efectos de luminarias eléctricas.

Las decoraciones están artísticamente dispuestas, pintadas y entonadas *sin agrios* ni colores asesinos. El aplauso fué legítimo y merecido anoche; de modo que las apariciones en el proscenio quedan justificadas.

Hablemos de la ejecución. ¡Ah, Sr. D. Valentín González!, usted es un artista de cuerpo y medio... De modo inmejorable desempeñó su papel.

Duro es el que le confiaron los autores, y debe defenderse un poquito para que no se rompan sus cuerdas vocales.

Pastor, muy bien de voz y escena.

Hervás, con excelentes facultades y concienzudo estudio de su parte.

Gamero, graciosísimo; pero debiera caracterizarse con más gusto, prescindiendo de las repugnantes narices de cartón.

Navarro, muy bien, hasta cuando con el calor de la acción se arranca la gorra y la peluca.

La señorita Chaffer, en su poco lucido papel, hizo gala de esplendidez de voz y condiciones de actriz.

La señorita Galán fué muy aplaudida en el insoportable personaje de *la Loba*.

Afortunado el maestro Liñán al frente de los profesores, que se portaron como buenos en la difícilísima ejecución de la partitura.

En su totalidad, la obra es digna de que el público acuda y aplauda, á unos más y á otros menos; pero á todos, en fin, por la buena voluntad que han demostrado músico, libretistas, escenógrafo, ejecutantes y la Empresa.

S.-A.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

TEATRO DE PRICE

“La canción del náufrago,”

Los Sres. Fernández Shaw y Arniches han respetado, al escribir su drama lírico ó melodrama á la moderna estrenado anoche en el teatro de la Plaza del Rey, los gustos y tendencias de la época en que vivimos.

El sentimentalismo y el pasionalismo son los *hunos*... y los otros de estos tiempos y la invasión abraza desde los escenarios del género chico hasta el templo de Themis. *El puñao de rosas* y la causa de la Cecilia son dos indistintos *specimen* de la neurosis dominante que busca un tablado para su exhibición importándole poco que éste sea el de la escena ó el del cadalso.

Ahora todo es pasional; desde los vulgares anhelos amorosos de un gañán, hasta la defensa que hace de su honor una moza que, como la Maritornes descrita por Cervantes, cumpliera sus promesas galantes «aunque las diese en un monte y sin testigo alguno».

Por esto no me extraña que los autores de *La canción del náufrago* hayan diluido en tres actos melodramáticos un argumento sencillo que se desarrolla en una pintoresca playa del Cantábrico.

Sentado anoche en mi butaca del teatro de Price, encontréme dotado de dos naturalezas, á saber: la de espectador y la de crítico revisor. Como espectador, conmovíanme aquellas trágicas escenas en las que actuaban sencillos pescadores convertidos en personajes shakespearianos. porque «la inconstancia lleva el nombre de mujer» y, porque lo mismo el corazón de la aldeana que el de la princesa, son variables como el mar y misteriosos como el infinito.

Como crítico, encontraba mucha broza en el diálogo y cierta ampulosa afectación en el lenguaje que desdibujaba á los personajes en varias ocasiones. Pero el interés dramático prevalecía, y como según dice el refrán, «lo que abunda no daña», con hacer una *poda* para las representaciones sucesivas, queda resuelto el conflicto y se cumple con el público y con el reglamento de teatros, pragmática que se escribió con el deliberado propósito de que estuviera siempre incumplida.

En *La canción del náufrago* los finales de los tres actos son de gran sensación. La lucha en la barca, con la que casi termina el acto primero, arranca un aplauso unánime en el que toman parte los espectadores de buena fe y los que son rebeldes al entusiasmo. También el acto segundo acaba con un efecto teatral como lo es el de anunciarse la llegada del ángel exterminador de la venganza; y nada digamos del final del melodrama ó drama lírico, en el que

se realiza un crimen de los que arrancan un veredicto de inculpabilidad al jurado más recalcitrante.

Bien hablada y bien escrita la obra, acusa la labor experta de dos literatos de cartel y de dos autores dramáticos curtidos en las lides escénicas.

El maestro Morera no tiene en el drama lírico toda la participación necesaria para que la ponderación de fuerzas se declare en favor suyo. Pero todos los números musicales son dignos de elogio, porque predomina en ellos la inspiración y la melodía. Si la comparación no fuese mi declarada enemiga, acaso le dijera al nuevo compositor, *a quiénes* no debe imitar, por la sencilla razón de que cuantos han seguido ese camino quedáronse en la estacada y no es fácil que de ella salgan, pese a quien pese.

El maestro Morera ha dado un paso muy largo en su obra estrenada anoche. Pero no olvide esta frase algo manoseada, pero gráfica y expresiva: «Lisardo, en el mundo hay más».

La ejecución puede calificarse de excelente. Tan sólo el trabajo artístico de Valentín González sería bastante para servir de contrapeso a una avalancha de defectos... si los hubiese. No los hay; porque las señoras Chaffer, Silvestre y Galán y los Sres. Hervás, Pastor, Gamero y Navarro, desempeñaron admirablemente sus respectivos papeles. En cuanto al señor González (D. Valentín), no hay palabras que puedan traducir fielmente la perfectísima interpretación que hizo del personaje del viejo marinero. El distinguido cantante estuvo hecho un actorazo.

Y sirva de final a esta reseña el aplauso que merece la empresa del teatro de Price por haber presentado *La canción del naufrago* con un lujo y propiedad de los que se ven pocas veces. La mutación del cuadro segundo en el acto primero es sorprendente y valió al artista es cenógrafo Sr. Muriel una ovación tan grande como merecida. Las decoraciones restantes son todas magníficas y de gran efecto.

A juzgar por los aplausos y llamadas de los autores a escena en la función de anoche, oiremos *La canción del naufrago* en Pascua de Resurrección.

Miss-Teriosa.

Diario Universal

LOS ESTRENOS

LA CANCIÓN DEL NAUFRAGO

En Price

Si fuese tan fácil inflar un perro como armar un conflicto dramático en la punta de un alfiler, Carlos Arniches sería un gran dramaturgo y *La canción del naufrago* una obra maestra. Desgraciadamente no es así, y ni Arniches pasa de ser un «hombre de teatro»... por horas, ni *La canción del naufrago* parará

en las antologías; más aun: ni siquiera peinará canas en los carteles.

La canción del naufrago hubiera sido un bonito melodrama lírico hannemaniano de los que están en boga. Defectuoso y todo, la zarzuela en un acto hubiera placido seguramente á los espectadores, y á estas horas Arniches, Sahw y Morera estarían explotando una mina casi inagotable; la ambición los ha perdido; han querido inflar demasiado el perro, y sólo han conseguido hacerle estallar. Muerto el perro, se acabó la mina.

Cierto que en un acto como en tres, y como en medio, si fuese posible tanta reducción, el conflicto dramático de la zarzuela de Arniches sería absurdo é irreconciliable con la lógica; pero ni todos los espectadores van al teatro del brazo de Kant, ni cuando las impresiones son muchas, rápidas y violentas, dejan tiempo para reflexionar y percatarse de que no deben ser sentidas; el arte del dramaturgo está tanto en sorprender como en impresionar, y el que deje á los espectadores tiempo y espacio para reflexiones aquilataadoras, estará siempre á dos dedos del fracaso.

Además, pedir á un miniaturista un lienzo mural sería, si no pedir peras al olmo, cuando menos pedirselas al camueso. Arniches tiene la mano hecha á pintar figuras diminutas, y cuando quiera hacerlas crecer le resultarán siempre desproporcionadas. Andrés, Esteban, Rosa y el tío Pedro, de *La canción de un naufrago*, son figuras que han crecido demasiado rápidamente para que no aniden en ellas microbios mortíferos; el gigantismo y la tuberculosis son casi inseparables.

No basta con soplar dentro de las figuras dramáticas para que se pongan turgentes, y las pasiones de los personajes de Arniches, á lo menos tal como Arniches las concibe, no pueden llenar tres actos bien medidos, ni siquiera gastando la mayor parte de ellos en divagaciones ociosas y en idas y venidas inexplicables; por eso, sin duda, Arniches trufó, y mejor sería decir mechó, su zarzuela, con una acción secundaria, episodio acromególico, para que todo resultase allí estemporáneamente agrandado, cuyos personajes salen de vez en cuando á escena con el atrevido pensamiento de despertar la hilaridad, y no siempre lo realizan, no obstante lo cómico que resulta oír «golpes» de la Ribera de Curtidores ó de la calle de la Arganzuela en boca de pillos de playa más ó menos bachilleres en artes.

Arniches, por lo visto, es de los que creen en una vieja definición del melodrama, según la cual caracteriza al género el consorcio de lo dramático con lo jocoso; olvida, sin embargo, que la unión ha de ser feliz y no poner los medios para que se produzca la felicidad. Lo cómico y lo trágico forman en *La canción* un matrimonio muy mal avenido. Arniches debe olvidar sus clásicos y no hacer las obras con arreglo á la farmacopea.

Apartándose con prudencia del *Recife* y dejando las cosas en su punto, Arniches y Sahw hubieran hecho una zarzuela, si no excelente, aceptable; una especie de *Tío Juan*, marinero también y trágico por añadidura, aunque no tanto y con mayor razón que su próximo pariente el tío Pedro de anoche. Todo lo que hacen y dicen los personajes cómicos en *La canción del naufrago* huelga por completo, y por suprimirlo en absoluto debiera comenzar una poda inteligente, que aún sería posible y daría á la Empresa de la Zarzuela, por ejemplo, la obra que está necesitando como el comer.

El argumento de *La canción del naufrago* es, en efecto, el siguiente:

Rosa, una belleza medio terrestre, está casada con Andrés, no obstante haber sido antes novia de Esteban. Esteban salió del pueblo y Andrés, que era amigo suyo, aprovechó la ausencia para birlarle la moza.

Vuelve Esteban, y cádate á Periquito hecho fraile, y en planta el conflicto, que no es muy nuevo que digamos, y del que Blasco Ibáñez, quien anoche reclamaba la paternidad, no podría, en justicia, declararse el mayor padre de todos.

Andrés tiene celos *et pour cause*, considera como una traición terrible que Esteban haga con él lo que él hizo con Esteban y le invita á un duelo trágico, en que sobre una lancha, en la mar embravecida, se disputarán la dama á navajazos.

Vemos el duelo, y después, cuando Esteban regresa victorioso, vemos al tío Pedro, un marinero amigo de Andrés, increpar al vencedor y llamarle asesino, sin duda porque el viejo entiende que los duelos no son lícitos sin testigos, médico, botiquín y acta, ó recela que Esteban mató á traición; los lobos de mar suelen tener un olfato terrible.

En el segundo acto, Esteban y Rosa han decidido casarse, y el tío Pedro, que ya no pesca y por lo visto vive de lo que le produce el cupón, emborrachándose y llamando á Andrés desde las rocas de la costa, se indigna al saberlo y desaparece del lugar, no sin que antes, y poniendo remate á una escena trágica, oigan los novios y el pueblo todo la voz de Andrés que, cantando, allá lejos, la canción del naufrago, aterra á todos y pone remate á la jornada.

Afortunadamente no hay terror que resista á un entreacto larguito y cuando el acto siguiente, ¡el último, el de la suertel, comienza, los novios están aún en casarse, y se casan, pero no disfrutan del matrimonio; llegan oportunamente Andrés y el tío Pedro; mueren ó quedan mal heridos los contrayentes, y termina todo, no de la mejor, sino de la peor manera posible.

Tal es el asunto; y en él el elemento cómico, sin relación alguna con lo relatado, puesto que se trata de los amores de otra dama del tolete con sus dos galanes, porque en aquel pueblo todas las tienen en parejas, por lo visto, hace el efecto que en una efigie del Redentor crucificado harían dos magníficas carabinas Winchester.

Con tales cosas, pues, la obra de Arniches y Shaw no podía tener el buen éxito que para ella había soñado la Empresa, y que la había llevado á gastar lindamente su dinero en decoraciones que, singularmente las del primer acto, produjeron excelente efecto. Otra vez será, y créalo Arniches, su obra de consulta debe ser la conocidísima fábula de la gallina de los huevos de oro.

**

¡Ah! La música del maestro Morera no entusiasmó á nadie. Técnicamente no puede decirse que sea mala, pero tampoco puede decirse que lleva mal los libros el contable de Palau, Tomeu y Riu de *Barsalona*, y, sin embargo, á nadie se le ha ocurrido compararlo con Newton.

ALEJANDRO MIQUIS

Epoca

VELADAS TEATRALES

En el teatro de Prico.—LA CANCIÓN DEL NÁUFRAGO; melodrama en tres actos, libro de los señores Arniches y Fernández Shaw, música del maestro Morera.

La letra.

Hay que desconfiar de la asociación para fines artísticos, y, sobre todo, de las Asociaciones cambiantes, hoy con unos y mañana con otros, como si la unidad de la obra literaria no fuera, ante todo y sobre todo, resultado de la unidad de la inspiración.

Acontece, sí, en ocasiones, que dos autores, como los hermanos Goncourt, los hermanos Marguerite, Erckmann-Chatriam en Francia, y en España los Quintero, constituyen, por raro caso, verdaderas individualidades artísticas. Mas esto es la excepción; por regla general, con las asociaciones literarias sucede lo que con la adición en Algebra de dos cantidades de signo contrario: no se suman, se restan.

Esto ha ocurrido ahora con la unión de los señores Fernández Shaw y Arniches. En *La canción del naufrago* echa de ver hasta el menos lince la incompatibilidad de los dos ingenios que la han producido: en vez de compenetrarse el elemento cómico con el dramático, permanecen constantemente separados, y, lo que es todavía peor, estorbándose mutuamente.

Por otra parte, el asunto no les daba á los dos autores tela bastante para tres actos, y á fin de alargarla, la han añadido con retazos de otro tejido y color. El segundo acto, á excepción de la última escena, huelga por completo... El primero, aunque es poco original, despertó el interés del público. Un marido engañado se embarca en una lancha con el amante de su mujer, y allí, en medio de una tempestad, riñen, y el marido cae al mar. Cuantos han leído la novela *Flor de Mayo* recordaban la escena final del libro de Blasco Ibáñez.

En el segundo acto, tras de varios incidentes y episodios que no vienen á cuento, vamos sospechando que el náufrago no ha debido morir en la refriega... Nuestras sospechas se confirman cuando oímos, al final, la canción que el pobre marido había cantado varias veces á su esposa.

Los adúlteros se casan; pero, cuando salen de la iglesia, se presenta el náufrago. Pelean de nuevo los dos rivales, y esta vez queda vencedor el marido y muerto *definitivamente* el amante.

Durante este último acto el público manifestó repetidas veces su impaciencia; la claque aplaudió, y los autores salieron á escena.

De los actores, el único que, en rigor, merece elogios es el Sr. González (D. Valentín).

La música.

Con *La canción del náufrago* ha hecho sus primeras armas serias un músico de gran talento, de mucho porvenir y que ya es una realidad.

El maestro Morera tiene, para mí, la condición primera que debe tener un músico español: la de escribir en el lenguaje musical del pueblo, inspirándose principalmente en ese venero inagotable de melodías, ritmos y modalidades que en nuestras provincias se conservan por tradición respetuosa, ó que el pueblo inventa con maravilloso sentido poético.

La partitura de *La canción del náufrago* tiene un marcadísimo sabor popular, desde el primer número, un coro interno de marineros, interrumpido por una voz que entona una deliciosa canción montañesa, hasta el número final, con las coplas de los viejos que piden limosna á los recién casados.

No es posible detallar aquí todas las bellezas de los cantos populares utilizados como fuente de inspiración por Morera; pero sería injusto no mencionar, siquiera sea de pasada, toda la primera parte del canto de Andrés, con aquel carácter tan triste y aquella hermosa cuadratura de la frase; el canto de los náufragos en la procesión; todo el primer coro del segundo acto, con sus diversos motivos, el primero de un ritmo muy original, que sólo puede encerrarse dentro de un compás de trece por cuatro, con aquella modalidad tan extraña, que trae á la memoria la de otro canto popular utilizado por Lalo en su *Rapsodia*; la transición de ese tema al modo mayor de nuestra música moderna; el motivo siguiente, en seis por ocho, con aquella encantadora cadencia; el final del primer coro del tercer acto y algunos otros más.

De otros números no tan francamente populares, merecen citarse la escena de Pedro con el coro, en el segundo acto, muy pintoresca, sobre todo al comenzar el terceto cómico, muy original, con el cómico acompañamiento del fagot, y el cambio de color que se opera en la orquesta después de las palabras *Tres mirás*, y el dúo, con su dramática imprecación y sus arrebatos amorosos.

Toda la música de *La canción del náufrago* está bien hecha; es de un compositor de indudable talento, de gran sinceridad, y enemigo de toda clase de efectismos.

En los ensayos pude apreciar en la obra de Morera ciertos primores contrapuntísticos y orquestales, que anoche no se oyeron, ni poco ni mucho. El teatro de Price tiene unas condiciones acústicas deplorables, que hacen que se pierda todo lo que no sean efectos de brillantez y sonoridad, y como Morera rara vez acude á ellos, el mérito principal de su obra orquestal no pudo ser gustado, y creo que no lo será mientras no se ejecute en otro local más á propósito.

De todas suertes, el primer paso está dado: con sus defectos y con sus inexperiencias, Morera es de los que entran por la puerta grande; de los que vienen á hacer arte y no á halagar los gustos del público. Por eso merece que se fije en él una atención seria: la atención que merece un verdadero artista.

C. RODA.

De teatros

PRICE

La canción del náufrago, drama lírico en tres actos (el primero dividido en tres cuadros), original, en prosa y verso; libro de los Sres. D. Carlos Arniches y D. Carlos Fernández Shaw, música del maestro Morera.

Grandes eran los deseos que el público tenía de conocer el drama lírico *La canción del náufrago*, y la verdad es que esos deseos eran justificados, por ser el libro de los Sres. Arniches y Fernández Shaw, y la música del joven maestro Morera; los primeros dos de los más aplaudidos de nuestros autores cómico-dramáticos, el segundo un músico del que se aguarda mucho.

Las esperanzas que empresa, autores y público tenían en el citado drama lírico eran grandes.

Durante estos últimos días no se hablaba en Madrid, entre la gente de teatro, de otra cosa, siendo muy favorables la mayoría de los juicios que se emitían acerca del éxito que habría de tener *La canción del náufrago*.

¿Sucedió así? Hubo de todo, y vamos por partes, tratando primero del libro.

Los Sres. Arniches y Fernández Shaw conocen muy bien al público, y no es de extrañar que acierten; pero ahora se les ha escapado un poquito la mano.

La canción del náufrago es una obra bastante gruesa; su argumento es folletinesco, y, dicho sea en honor de la verdad, no da mucho de sí tratado teatralmente, y de aquí que tuvieran que introducir los autores en el citado drama mucho personaje episódico para *pasar tiempo*.

El acto primero es el único que interesa, el único acto verdad.

El segundo, en realidad, sólo consta de una escena, la final, y el tercero corre parejas con el segundo.

El interés del público se mantiene bien durante la primera mitad de la obra; pero luego, ante tanta escena episódica, y desenlazada por completo del nudo del drama, empieza aquél á decaer, y así sigue hasta el final.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Los dos primeros actos fueron muy aplaudidos; no así el tercero, cuyas primeras escenas no dicen bien, firmadas por dos autores del talento de los de *La canción del naufrago*.

El conflicto del drama, tal como le presentan los autores, es grande, muy grande, demasiado grande, para darle un final que satisfaga; pero para desarrollarlo teatralmente en tres actos, es, como ya antes decimos, muy poco, por lo cual tuvieron que apelar á *hinchar mucho el perro* con escenas y situaciones que á nadie interesaban, y que á poco dan al traste con el drama en el tercer acto, cuyos chistecitos no aconsejariamos á los autores que los pusieran ni en obras de género chico.

En resumen, los Sres. Arniches y Fernández Shaw estuvieron muy bien al hacer el primer acto, pasaderos en el segundo y algo desacertados en el tercero, sin que esto quiera decir que los dos últimos actos carezcan en absoluto de escenas y situaciones dignas de dos firmas tan aplaudidas y tan respetables en el teatro.

Y vamos con la música.

El maestro Morera goza ya de un prestigio envidiable, á pesar de que hasta ahora no ha estrenado en Madrid ninguna obra de verdadera importancia.

Su ópera *Emporium*, anunciada entre las que habían de representarse en el teatro Lírico cuando éste se inauguró, no llegó á ponerse en escena; pero el mérito de *Emporium* pudo, sin embargo, ser apreciado por gran número de maestros, críticos y aficionados que asistieron á la lectura de la obra ó hicieron grandes elogios de la partitura escrita por el maestro Morera.

La música de la zarzuela estrenada anoche revela condiciones envidiables en su autor. Hay en ella trozos bellos é inspirados y un continuado alarde del dominio que éste tiene de la armonía del contrapunto y de la instrumentación.

La mayor parte de los números se escucharon con interés, algunos de ellos con verdadero deleite, y aunque no se repitió ninguno, es lo cierto que el público quedó bien impresionado del conjunto de la partitura.

En el primer acto sobresalen el prelude breve, pero interesante, y la canción del naufrago con el brillante dúo que le sigue, trozo musical que si no se recomienda por la novedad de la melodía, está en cambio muy bien trazado y resulta muy brillante.

El segundo acto tiene números de conjunto animados y bien dispuestos, y un dúo de baritono y tiple apasionado y de mérito indiscutible.

En el tercer acto decaen el libro y la música por igual. No hay en él nada saliente.

En *La canción del naufrago* ha demostrado el maestro Morera lo mucho que de él puede esperarse, y esto no es poco.

Y concluyamos esta revista, que ya se va haciendo pasada, dedicando un caluroso aplauso al notable bajo Valentín González, que cada día está mejor como cantante y como actor.

Anoche triunfó en toda línea, siendo muchas las ovaciones que le fueron tributadas.

Los señores Hervás, Pastor y Camero y la señorita Chaffer y señora Galán, muy bien.

Los demás, acertados.
En conjunto, la interpretación resultó de primer orden.

El Sr. Muriel ha pintado un decorado precioso y de mucho efecto, y trajes y atrezzo también fueron celebrados por la concurrencia que llenaba la sala, y que ve en el empresario, Sr. Figueras, un hombre deseoso de complacer al público sin reparar en gastos.

Los autores y artistas salieron varias veces al final de todos los actos, y alguna que otra en medio de la representación.

Y no hay tiempo para más, y aquí hacemos punto.

MARIO-EMEBÉ.

Diario de la Mañana

PALCOS ESCÉNICOS

Price.

Anoche se estrenó en este teatro *La Canción del Naufrago*, obra original de los Sres. Arniches y Fernández Shaw, música del maestro Morera.

La amplia sala del teatro de la Plaza del Rey, hallábase literalmente llena de espectadores, pudiendo afirmarse que no quedó palco ni butaca vacíos.

La expectación era grande: discutíase sobre el éxito de la obra, sobre el asunto, sobre las decoraciones, los artistas, el vestuario, etcétera, etc. Recordábanse otras fechas y otros estrenos y entre aquella inmensa barahunda, por la que á costa de titánicos esfuerzos abríase uno paso para llegar á su localidad, elevábase una atmósfera densa, pesada, viciada por el humo del tabaco, porque en Price ya sabemos que se fuma con amplia libertad.

El maestro, subió á su sillón, oyéronse los primeros acordes y cada cual ocupó su puesto, escuchando con religioso recogimiento el trono que sirve de preludio al melodrama.

Es este de tinte sombrío y efectos dramáticos, hábilmente mezclados con incidentes cómicos, pero ni uno ni otro están entremados, por lo que exceptuado el final del acto segundo, cuando á lo lejos oyen la esposa infiel, el amigo asesino y el viejo que con amor de padre quiere al infeliz asesinado, *La Canción del Naufrago*, la que Andrés entonaba en sus días felices, sobre su barea velera ante la inmensidad del Océano, ó recordaba á la adúltera momentos antes de partir á encontrar la muerte.

El final del primero, á pesar de las situaciones, que realmente son de las que deben impresionar, no lo hizo.

Dos hombres, marido y amante, sobre las frágiles tablas de la trainera del primero, azotada por las furiosas olas del Cantábrico enfurecido, dirimen con todo el rencor de sus almas, entre la lluvia huracanada y los vivísimos relámpagos con que el cielo solemniza aquella lucha dirimen sus diferencias á puñala-

dás y el pobre Andrés, el marido de Rosa cae herido y su cuerpo es recibido por aquellas aguas sobre las que tanto tiempo navegó contento y feliz.

Un rudo y viejo marinero, hombre de gran corazón y hermosos sentimientos que había criado á Andrés y enseñándole toda su ciencia náutica, conoce el horrible secreto y quiere impedir que los adúlteros, unidos por el doble delito santifiquen sus amores uniéndose ante los altares.

A grandes voces llama á Andrés, teniendo la firme persuasión de que acudirá y aquel que no ha muerto, sino sido recogido por una goleta que en aquellas aguas navegaba, se une á su anciano amigo para su venganza.

En el tercer acto, se realiza esta y el que ya se creía después de la ceremonia nupcial al abrigo de las murmuraciones de la aldea, es muerto de una puñalada en el corazón por Andrés, pero cara á cara y frente á frente como lo hacen los bravos.

La ejecución fué magnífica; las Sra. Galán y Srta. Chaffer y los Sres. González, Hervás, Gamero y Pastor, pusieron á tributo sus facultades.

El Tío Juan y la Tía Loba son dos tipos interesantes y encarnados en lo real.

Las decoraciones sencillamente magníficas, de lo más hermoso que se ha visto.

La música de efecto, aunque un tanto wagneriano en la tempestad.

La Canción del Naufrago, dará de sí.

Barón Scarpia.

Día

Cosas de teatros

PRICE

La canción del naufrago.— Zarzuela en tres actos, libro de los Sres. Arniches y Fernández Shaw, música del maestro Morera.

Sucede con las obras dramáticas lo que acontece con los hombres públicos; ya sean políticos, literatos, artistas, es, á saber: Que aquellos que vienen precedidos de más fama, de mayor reclamo, que casi siempre es *autobombo*, son lo que más ruidosamente fracasan.

Hablemos claro. Desde hace meses nos tenían atronada la cabeza, pública y privadamente, con *La canción del naufrago*, y esta obra, no lo tomen á mala parte mis estimados amigos Arniches y Fernández Shaw, ha sido un verdadero naufrago, del cual no se han salvado más que, Valentin González y las decoraciones, pues la inhabilidad en la confección del libro es tan grande, que ni siquiera tienen ocasión de cantar los principales personajes de la obra. Apenas los ve el público. Rosa, la mujer principal del drama no apa-

rece en todo el primer acto, y es insignificante; su intervención en los otros dos, de manera que la señorita Chafer, no puede lucir apenas su excelente voz. Andrés, el protagonista, terminado el primer acto no vuelve á escena hasta el final de la obra, de manera que el señor Pastor no puede lucir sus excelentes condiciones de cantante, y así no hay drama lírico posible.

Terminado el primer acto, en el cual, convencido Andrés de que su amada Rosa y su amigo Esteban le engañan, el amigo y el amante se lanzan en una barca á saciar su venganza mar adentro, y después que vuelve Esteban vencedor, ha terminado totalmente el interés de la obra.

En aquel segundo acto no pasa nada, si no es referir lo que ya hemos visto en el primero, y aquella chocarrería de mal gusto, que ni ajusta allí, ni tiene gracia alguna.

Al final del acto se oye la canción de Andrés, que parece va á entrar en escena; pero no entra, porque si entrara se acababa la obra, y hay que pasar el acto tercero, contándonos todo lo que hemos visto en el segundo, y repitiendo Andrés—lo mismo que en el acto anterior—que se va á casar con Rosa, que aunque se junte el cielo con la tierra, no se la quitan, y dejan pasar el tiempo hasta que venga el marido, el cual, á su vez, según confiesa, pudo llegar mucho antes y evitar la boda, pero prefirió llegar en el momento oportuno para vengarse.

El Sr. Morera ^{**} pudo hacer gran cosa. Demostró, no obstante, lo que ya se sabía, que es un músico erudito, de gusto refinado, de sentimiento y de delicadeza, no para las galerías: pero la obra de anoche, no es ni pudo ser su obra. No tenía espacio, ni ambiente ni condiciones para moverse.

Pero se habrá convencido de que el público le trató con deferencia y le demostró su estimación.

Sigo protestando—aunque mi voz se pierda en el desierto—de la costumbre tomada por los autores de salir á escena á cada parlamento, á cada redondilla, á cada frase ó á cada nota que provoca un aplauso.

Créanme los autores: es más decoroso y menos expuesto á desaires, aguardar á la terminación de los actos.

Además de que el interrumpir la representación á cada instante, es de mal efecto, resulta de mal gusto y es desprecio para los autores el verles salir en ristra á cada palmadita que suena.

Parece que dicen: ¡Por favor, sacadnos, que Dios sabe cuándo nos veremos en otra!

**

El triunfo de la noche, lo repito, fué para Valentín González. ¡Qué actor! ¡Qué cantante! ¡Qué artista tan completo!

Si no es por él, probablemente la obra no hubiese llegado al final.

El Sr. González, á quien no tengo el gusto de tratar, es una verdadera joya de nuestro teatro.

Los demás, si se exceptúa la señora Galán, que representaba en su papel de *Loba* la tercera edición de la *madre desnaturalizada* que maltrata á su hija, (véanse *Pepita Reyes* ó *El Dios grande*) y que lo hizo muy bien, los demás, repito, no tenían medio de lucirse, cumpliendo bien la señorita Silvestre y los Sres. Hervás y Gamero.

Las decoraciones, preciosas; y la obra, puesta con mucha propiedad.

Pero naufragó. Las ondas son traidoras, y no se puede abusar del líquido elemento.

FERNAN-SOL.

Copieo

TEATRO DE PRICE

LA CANCION DEL NAUFRAGO,
zarzuela en tres actos en prosa,
original de los Sres. Fernández
Shaw y Arniches, con música del
maestro Morera.

Gran parte de los defectos que pueden

atribuirse á esta obra, proceden, á mi juicio, no de falta de asunto, sino de estar éste desigualmente repartido. Lo cual parece increíble, tratándose de la producción de dos autores de tanto ingenio y de tanta experiencia.

No se han dado cuenta de que después del desaffio con que termina el acto primero, no quedaba ya asunto para otros dos actos, una vez elegido el argumento que se desarrolla en la obra, que por otra parte es muy semejante al que tienen otras ya representadas.

A los Sres. Arniches y Fernández Shaw les ha ocurrido lo que al sastre á quien le entregasen un corte para hacer un traje, y engolfado en el deseo de cortar holgadamente la levita y el chaleco, no dejase tela para el pantalón.

De ahí que al final del segundo acto, y concertado ya el matrimonio de Estéban con Rosa, la supuesta viuda de Andrés, al oirse á éste cantar á lo lejos su canción favorita, el espectador, y hasta los mismos personajes, den por concluido, no sólo el interés, sino la acción, puesto que raya en lo absolutamente inverosímil que persistan en llevar á cabo un casamiento á todas luces imposible.

Y la prueba de que todo ha concluido, es que los mismos autores, á pesar de su fecundo talento, no han encontrado materia para el tercer acto, y lo han rellenado con escenas y parlamentos extraños por completo á la obra, y que á pique estuvieron de hacerla naufragar.

Deben reconocer que, desde que se oye la voz del náufrago hasta presentarse éste en escena, no puede emplearse un acto. Es demasiado tiempo.

Según el patrón del argumento elegido, el final del primer acto debió servir para el segundo. Y así, lo que pasa durante éste, debía ser el tema del tercero; y su final, ó sea la canción, el término de la obra, presentándose por supuesto á seguida el náufrago, que con su presencia destruye el plan de los adúlteros.

A pesar de estos descuidos, la obra fué bien acogida, y lo será más cuanto más se suprima de la primera mitad del acto tercero; que no importa, antes al contrario, conviene que quede reducido á la mínima expresión.

La partitura contiene cuatro ó cinco números reveladores de un músico inteligente y de muy buen gusto.

Y el decorado honra la firma de Muriel y demuestra el buen deseo de una empresa que hace por su parte cuanto es posible para atraer al público.

También la dirección de escena merece un aplauso entusiasta.

Los autores y el compositor se presentan varias veces en escena, en el transcurso de la obra y al final de los actos, llamados por el público.

Arturo Perera.

Correo Español

En Price.

La canción del náufrago, melodrama lírico en tres actos, letra de Shaw y Arniches, música del maestro Morera.

Shaw y Arniches son los autores de la letra. Ambos son conocidos. El primero ha escrito, entre otras muchas obras, *La revoltosa* y *Don Lucas del Cigaral*. El segundo es acaso el más fecundo de nuestros autores cómicos; de él son, entre otras, *El santo de la Isidra* y *La Cara de Dios*. Ninguno de los dos hace arte fino, sincero, revelador de gusto estético depurado. Ninguno de los dos tiene un sainete de ley ni un drama de figuras vivas, de acción natu-

ral, de hondo pensamiento, de honrados procedimientos artísticos.

Cultivan el melodrama sentimental ó la pieza bufonesca. La ornamentación de su dramática es el chiste *à outrance*, las relaciones de versos sonoros y los efectismos artificiosos y de más graciosa incongruencia. De su teatro puede decirse que es *tutto convencional*, y parece que en su modestia sólo aspiran á *llegar al público*, como se dice en el argot de entre bastidores, para que en justa reciprocidad lleguen á ellos las caricias del público en forma de espléndidos trimestres. No hay probablemente hoy en España autores tan habilidosos para esto, ni tampoco tan afortunados. Ellos bucean en el fondo de todos los públicos, y de todos sacan prenda, lo mismo con la quintilla que canta las glorias de Dios, que con el chiste desalmado que hace estremecer y acaricia los derrengados lomos de la agotada bestia humana.

El autor de la música es Morera. Morera es catalán y además catalanista. Siente su región casi con la intensidad con que sienten su arte, del que es esclavo. Ha tenido también su calle de la amargura y sus años de injusta oscuridad. Ha presenciado los inverosímiles triunfos y las incomprensibles fortunas de maestros cuya labor era condenada por los refinamientos de su amplia y firme cultura. Una revista nos decía ayer que una ópera suya, *La Fada*, iba á ser representada en Amberes, y que el nombre de Morera era respetado en el extranjero, donde no conocen á Bretón ni á Chapi. Casi ha estado á punto de aparecer en

el Real *Emporium*, era otra ópera suya que ha recibido ya la sanción de los inteligentes antes de ser estrenada. Maestros compositores reciben con recogimiento sus lecciones, y cuentan después con admirativo asombro la rica vena de inspiración del maestro, la sobriedad y presteza de sus procedimientos, su dominio de la técnica, las energías de su cerebro, las terquedades originales de su voluntad.

..

El teatro está lleno y se nota cierta ansiedad. No falta un autor de los que escriben para el teatro; los periodistas, los compositores, los aficionados, el Conservatorio, casi en pleno, dan al estreno una severidad casi académica. Es difícil saber si es la admiración, la curiosidad ó la envidia la que asoma en aquellas miradas cálidas é inquietas.

La orquesta preludia una introducción y se hace el silencio. Es breve, sobria, delicada, y al terminar aplauden.

En la escena amaneco. Los indecisos claros del día naciente alumbran la costa cantábrica y el mar en calma, y las barcas veleras balanceadas por las olas mansas. Los pescadores aprestan sus aperos y desfilan perazosamente hacia el mar, cantando una barcarola que tiene la placidez de la conciencia tranquila y la frescura del amanecer en la playa riante. La orquesta parece un órgano por el motivo semirreligioso que ejecuta, por la suavidad

silenciosa de sus notas, por el admirable concierto de los instrumentos.

Queda solo en escena el tío Pedro. El tío Pedro es el protector de la infancia de Andrés, protagonista del melodrama. Andrés está casado con Rosa, una hermosa muchacha con la que vivió un año de felicidad que parecía inacabable. Después del año alguna sombra se había interpuesto entre los amantes esposos. Lo notaba él, el tío Pedro, en que se habían marchitado las alegrías bulliciosas de Andrés en el mirar recaloso de éste, en su esquivar á las luchas del mar que antes lo enamoraban. El lo averiguaría. Lo mismo que él piensa la tía Loba, vieja bruja del lugar cuya irascibilidad con su hija y el tonto novio de ésta da lugar á incidentes cómicos de gusto dudoso, traídos por los cabellos y recibidos con impaciencia por el público.

Pero la tía Loba sabía más. Sabía que entre los esposos había una sombra, y que era esa sombra Esteban, un novio que Rosa tuvo antes de casarse con Andrés.

El tío Pedro comienza por querer estrangular á la tía Loba por calumniadora, y acaba con el convencimiento doloroso de que aquello es verdad. Rosa, taimada, falaz, doble, le niega y aparenta encariñamientos que no siente por Andrés, pero éste confiesa sus dudas de celoso torturado. Nos hace saber también que aquel Esteban es amigo suyo y que le dió pan y abrigo al verlo venir desamparado. Es de suponer que los autores hayan tenido más presente el acumular negruras en Esteban para hacer más horrible su traición, que la verosimilitud de compartir pan y hogar con el que fué novio ardentemente correspondido por la propia mujer. Eso no pasa ya ni en las costas cantábricas, ni en la capital diocesana del Ilmo. Sr. Mencheta.

Andrés quiere salir de dudas y simula el eterno viaje ó el consabido largo paseo, para volver de improviso y coger *infraganti* á los culpables. Y los coge. Esa escena es repugnante. La mala hembra despide cariñosamente al marido y le envía desde la roca próxima su adiós, mientras sostiene con el amigo perjuro un diálogo, en el que resplandecen las impacencias de un amor criminal y libre.

Tras la sorpresa viene el desafío; un desafío en el mar, sobre las tablas de la barca y en medio de los horrores de una tempestad furiosa, que se levanta como para formar la sinfonía de la otra tempestad que ruga en el pecho del pobre marido engañado.

Ella sorprende algo raro en la mirada sombría de su marido, y él disimula y le recuerda los días plácidos de amor correspondido, condensando todos aquellos recuerdos en la *canción del dúfrego*, en su canción, en la que le cantaba cuando se acercaba arhelante á la casa donde ella le aguardaba con las ansias y las ternezas de un corazón enamorado. Es uno de los momentos más hermosos de la obra. La orquesta se plañe y se queja lastimeramente, como debía quejarse entonces el alma de Andrés, y hay en ella nostalgias de bien perdido y desfallecimientos de desesperado.

Se ovaciona á Morera.

Durante tan trágicas escenas las nubes oscurecen el cielo. Por perseguir la realidad, el escenógrafo ha hecho movibles las nubes de la decoración, y el espectador, sorprendido, se distrae con los movimientos atmosféricos, desvirtuándose así mucho la situación dramática que se desarrolla en la tierra.

La tempestad produce ilusión completa. Contribuyen á ello la agitación de las olas, que sumergen y levantan airadamente la barca donde se verifica el desafío, la simulación de relámpagos y truenos y la expresiva descripción de la orquesta, que ruga y truena y despeña las notas como relámpagos caídos de las nubes, acabando en una melodía queda, agitada, medrosa como el corazón de los aldeanos, que se arremolinan en la costa para ver llegar á los pescadores que inchan con la tormenta.

Los marineros salvados entonan la plegaria de los naufragos, pero falta aún una barca, la que llevan Esteban y Andrés. Sólo Rosa y el tío Pedro saben que no puede volver más que uno, y al columbrarse á lo lejos, la ansiedad más horrible se refleja en los semblantes.

Vuelve Esteban.

[*]

Rosa y Esteban van á casarse. En él se ve la pasión avasalladora y el placer sombrío; en ella, las querencias de la hembra y las angustias del remordimiento. Ha visto un hombre en la costa y ha oído una voz. Aquel hombre y aquella voz la llenan de espanto. Esteban se ríe y la consuela, é invita á los mozos á bailar y beber á su salud después de la romería. Se casa al día siguiente. En un dúo largo, sencillo, de una transparencia y de una dulzura encantadoras se cuentan sus zozobras y sus amores agitados. Es el número que más llega al público, y no parece hecho por el autor complicado, ceñido y grandioso que ha escrito la bacanal de *Emporium*. La flexibilidad de Morera adquiere aquí hermosa ejecutoria.

El tío Pedro huye del mar que se tragó al amigo querido y busca en la bebida el olvido. Bebe por olvidar y olvidar por no matar. Pero cuando oye que los culpables quieren legitimar su crimen, resuelve matar.

—Suéltala ó te mato—dice á Esteban; pero éste, que en toda la obra jura y perjura que ni el infierno ni el Cielo juntos han de impedir sus propósitos, no ha de asustarse por las cóleras de un viajero. Lo sujeta, lo atropella, lo tira á presencia del pueblo que acude, y cuando se levanta el tío Pedro, dudando de la justicia del Cielo, loco, se dirige al mar llamando á gritos á Andrés muerto, ya que no le oye Dios vivo, la voz de Andrés se oye dando al viento su canción, que consterna á la aldea, enloquece casi á Esteban, y tira al suelo como un rayo á la culpable, que siente al muerto venir á castigar su delito.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Esto es burdo, inverosímil, casi inocente. Sin embargo, hubo anoche muchos á quienes se les puso la carne de gallina. Indudablemente, los autores conocen bien á su público.

El tercer acto se hace pesado; no hay, en rigor, más que una escena, y los autores han suplido la carencia de asunto con un relleno de escenas cómicas insoportables.

—Chistes *marca Pérez*—me dice un amigo al lado,—al oír los de la escena.

No, conozco á Pérez, un amigo, que los hace al minuto y con toda ocasión, y los chistes de Pérez son más ocurrentes, más ingeniosos, más oportunos. Tendrán que quitarlos porque comprometen el éxito de la obra. Los novios se casan, vuelve el marido y ¡el tío Pedro, y mata aquél á Esteban de una puñalada al salir de la iglesia, en la plaza pública y á la vista de todo el pueblo.

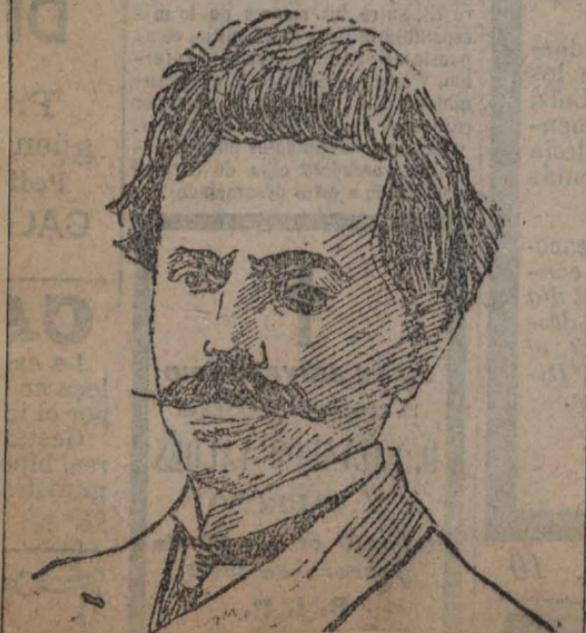
El libro es mediano. La habilidad con que los autores han preparado algunas escenas no disculpa caídas lastimosas, chistes inoportunos, escenas innecesarias, ripio dramático y efectismos de mala ley que en la obra abundan.

La partitura, es mejor: tiene números que sólo los puede hacer un maestro, y como nota saliente se aprecian en ella una orquestación hábil, compenetración con el asunto, agilidad y gracia y suave y perfilada melodía, rasgos que no se esperaban en el difícil contrapuntista y profundo intérprete en España de arte oscuro y vago del Norte.

EL DOCTOR X.

Correspondencia de España

MÚSICOS ESPAÑOLES



ENRIQUE MORERA

De su partitura última, *La canción del naufrago*, estrenada anteanoche, hablamos oportunamente. La crítica y el público están acordados en reconocer las excelencias de dicha partitura. Para unos pocos Morera es una risueña esperanza; para muchos es una realidad, que los públicos irán conociendo mediante demostraciones, de las cuales apenas si es prólogo *La canción del naufrago*. Los que suponen que Morera escribe únicamente música *sabia*, le desconocen. Sabio es en música el joven maestro, porque posee el secreto de la técnica y el dominio de la instrumentación; pero la nota singular de sus composiciones consiste precisamente en reflejar con singular acierto la música popular, la del sentimiento, la que habla al alma...

Cuando á Morera se le den ocasiones de mostrar quien es, libremente, sin prejuicios ni imposiciones de ningún género, su genio aparecerá en su magnitud poderosa. Por lo que ha hecho, puede calcularse lo que hará. Está en la plenitud de la vida y del talento. El arte le tiene por uno de sus cultistas más fervorosos y abnegados.

No le arredran las fatigas ni las contradicciones. Trabaja á impulsos de una vocación excepcional que debiera formar escuela. Vale, sabe y puede. ¿Qué más necesita para triunfar en cuanto acometa? Los aplausos de anteanoche lo dicen; sólo necesita tiempo, libretos buenos y empresarios deseados de servir al público y al arte.—L.